

ANTONIO MONTES. UN APUNTE BIOGRÁFICO

Juan Antonio López Delgado*



Cuando los críticos e historiadores de nuestra Fiesta Nacional trataban del torero trianero Antonio Montes Vico, lo hacían siempre teniendo demasiado a la vista los textos de *Don Hermógenes* o Pascual Millán, por ejemplo, y dejándose arrastrar por ellos continuaban juzgándolo –así también *Don Ventura* o José María de Cossío– como un artista mediano que al fin se paraba ante los toros y muchas veces hasta los mataba recibiendo. De aquellos artículos vino también el reiterado marbete de *precursor* y no pocas veces, por mor del apellido, se hará arbitrario parangón con *Paquiro* y plano inclinado para debatir la sempiterna cuestión de las escuelas y los estilos, el de puro sabor rondeño o el de ese depurado de que tanto habían hablado los sevillanos.

Si es verdad que a través de la Prensa, y de la Prensa gráfica española, se puede en parte valorar la trayectoria artística de Montes, a más de los propios periodistas taurinos mexicanos, pues no se olvide que México le dio a Montes toda su dimensión de madurez e inteligencia lidiadora de torero macho, no es menos valiosa la opinión de los testigos oculares –simples aficionados de entonces, la cuadrilla, los amigos...–, que constituye un ejemplo de veracidad o de emoción evocativa indubitable.

* Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El acudir a los *maestros* de la historiografía taurómaca, sin el necesario perspectivismo crítico y sin cotejo de fuentes, ha llevado, por lo demás, al acatamiento pasivo de fechas que no han resistido a la crítica científica posterior. Tal, verbigracia, el caso del año de nacimiento de Montes, que todo el mundo – hasta en su azulejo oficial de la calle Pureza– supone haya sido el de 1876, cuando ocurrió, en realidad, dos años antes. Naturalmente no decimos esto por manifestar ostentación, sino porque la pereza y el plagio en tareas investigativas son malos consejeros.

Antonio Montes Vico nació en el número 64 de la calle de Berbería, en Triana, extramuros de Sevilla, el sábado 20 de diciembre de 1874. Fueron sus padres Esteban Montes, de Castilleja del Campo, de oficio carpintero, y Emilia Vico, de Granada, ama de casa. Fue bautizado seis días después en la Iglesia Parroquial de Señora Santa Ana, en el precitado barrio hispalense.

Hijo, pues, de padres poco favorecidos con bienes de fortuna, sus estudios no pasaron más allá de las primeras letras y parecía reservado por el destino para el honrado oficio familiar, el de carpintero –constructor de útiles de labranza y carretería fundamentalmente–, como lo fueron, en su tiempo, Francisco, Juan, José, Antonio y Pedro Romero.

Por su nada buena salud, bastará en él la influencia de la madre, ese elemento civilizador y religioso de las familias pobres. Habló un día la inquieta doña Emilia con el Cura Párroco de Santa Ana, le expuso la apretada situación económica y le excitó a dejarlo en la servidumbre de la Iglesia, al menos hasta que el horizonte se despejara un poco. Había en la casa otros dos hermanos varones: Francisco y Manuel, y su pequeño era muy bondadoso y discreto...

Y ya lo tenemos vistiendo la sotana colorada, tocando las campanas, ayudando un poco a misa... Un tanto ensimismado y parsimonioso, esa es la verdad, pero un buen crío de barrio, noblote y servicial.

Unos años después y antes de trabajar en una carpintería de la calle de los Donados o acaso compartiendo algunas horas vespertinas y de fines de semana, el monaguillo se nos hizo sacristán de una manera natural e íntima, como adelantando mucho para con Dios y llevando las cosas del mundo con paciencia.

Montes fue músico de oreja... discontinua. Y así comprendía él los arcanos del Aretino como el idioma de Horacio con que le familiarizara su eterna e ininteligible Salmodia. Era aplomado y formal y sólo dejaba de ser hermético agarrado a la media maroma que comunicaba con la torre, pues que allí, dejando caer a intervalos iguales el peso de su cuerpo, hacía que el resonante címbalo conmoviera las altas regiones del viento con acompasados golpes en guisa de otras tantas pedradas que taladrando su delicadísimo tímpano le aturdiesen y estremecieran. Un día, al levantarse de la cama, tuvo que arrastrar una cierta debilidad y vértigo y en sus oídos oía el incesante rumor de una catarata que ahogaba todos los demás sonidos. Quedó tardo de oído. Empezó a estudiar los movimientos de las otras bocas, los gestos, para saber, de una manera más o menos aproximada, de qué hablaban. Parece que con los años quizás oía algo si quería y el algodonoso silencio se desgarraba con las rupturas del interior.

Dicen que los sordos y medio sordos desconfían y desarrollan un creciente desprecio por la palabra. Montes, sin dejar de ser suspicaz —que lo fue toda su vida— y tocado de graveza, fue un ser alegre y campechano, que contaba chistes y chascarrillos y desparramaba su bonhomía en la algazara de la amistad. Empero, repetimos, era varón prudente y mesurado, en cuyo juicio se maduraban las resoluciones y ardía siempre el discreto fuego de la eutrapelia.

Por delante de sí, a sus dieciocho años, veía muchos de trabajo y siempre la miseria de un jornal insuficiente hasta para comer. Había ido con muchachos de su edad a tentaderos y capeas, y en aquéllos ejecutara con facilidad lo mismo que

toreros que vestían bien y ostentaban alhajas... Cada vez que regresaba a Sevilla, maltrecho y con la ropa destrozada, después de uno de aquellos viajes que, por lo general, duraban dos y tres meses, tenía que aguantar las reprimendas de su familia. Todos se oponían a que fuese torero; pero sus *partidarios*, los muchachos de barrio, le daban ánimo, recordando las *hazañas* que ellos le habían visto hacer.

A Montes está claro que el incentivo pecuniario y la mejora de la situación económica lo espoleó, como a tantos, en un principio, pero seguramente estaba de Dios que tenía que ser torero, porque lo llevaba en la masa de la sangre y porque en él se hizo carne una afición irreprimible, canalizada y acendrada por una férrea disciplina de la voluntad.

Montes, es cierto, no fue a escuela taurina alguna oficial... pero tuvo la escuela de la capea, del Matadero, del tentadero, del maleta de cuadrillas bohemias toreando toros de verdad, al abrigo de la noche y de la luna, con un sucedáneo de muleta, un pantalón hecho sietes, una norma formativa esencialmente autodidacta que ha ido, que va, que irá depurándose hasta encauzarse en las buenas vías del arte incomparable, en el ser torero que iba dentro de él.

Un día recaló en Córdoba y se aproximó desfallecido a *Lagartijo*, que ya estaba retirado, y le pidió para comer. El gran *Califa* le dio una peseta. Y Montes le agradeció en el alma aquella caridad, como si fuera una fortuna.

Y en *La Conejera*, la placita que en Gelves mandó construir Fernando Gómez *El Gallo*, toreó Montes becerros y otras piezas mayores después, con Ricardo *Bombita*, *Chicuelo*, *Mirandita*, *Revertito*, *Vela*, *Cigarrón*... Y fue allí cogido por *Estornina*, vaca peligrosa que les soltó un día don Fernando para que, en efecto, se las vieran nadando también en mayores aguas...

Montes era un torerillo voluntarioso que se movía en el peligro, alegrando siempre, en ventajoso terreno. Eso en el

mejor de los casos. En los peores, bregas de zaragata y canacán. Ponía regular los garapullos, al cuarteo y sesgando, al sálvese quien pueda y de sobaquillo. Y con la muleta, el muchacho pasaba corto, ceñido y con achuchones. Con la espada, lo mismo recetaba pinchazos yéndose del mundo que medias estocadas delanteras por tirarse largo.

En 1892 y 1893 toreó frecuentemente por Andalucía. Aunque en ocasiones se estrechaba con los toros y daba seguras



Fig. n.º 20.- Azulejo de la calle Pureza. Apud. www.galeon.

estocadas, su arte, en general, no despertaba entusiasmos. Mataba ocasionalmente practicando la suerte de recibir, y cuando preparaba las reses para entrar a volapié lo hacía trasteando con brevedad y eficacia. En estas andanzas y campañas de ejercitación taurina vestía menesterosamente, con un viejo traje de luces desechado que había pertenecido a *Cara-ancha*.

Se quitó aquel apodo de *El Sacristán*, que llevara como un pasto seco en la ruda serenidad de su perfil. Y fue sencillamen-

te Antonio Montes, todo él rodeado de la hermosura y alegría de la vida.

El 16 de agosto de 1896 toreó Montes una novillada en Jaén: cuatro novillos de Romualdo Jiménez y otros cuatro de Ginés Segura. Alternaba con Gordón, Corzo y *Finito*. Cobró 17 duros. En ella empezó a asegurar más con el estoque, más en corto y por derecho. Si a su primero le largó una contraria y necesitó dos golpes de verdugillo, a su segundo, aquerenciado ya en tablas, le atizó un sopapo que lo tumbó patas arriba.

En Jaén, sin pena y sin gloria, comenzó para Montes la de matar los toros a ley. Se cifrará en esta otra virtud el cimiento de su fama, menuda y segura y creciente. Porque la otra, estribó en parar el baile de sus colegas oponentes y parar al toro, que no era una mona. Antes de cobrar aquellos volapiés de la firma que enardecieron en los primeros años del siglo XX a los públicos y aquellos *recibiendo* que embelesarían, Montes no vaciaba en regla; antes al contrario, tardeaba mucho, bregaba huyendo y cuarteaba al herir. La suerte suprema necesita su tiempo y su ejercicio. Frente a una brega movida y mala, la espada lo salvaba todo. De ahí la ponderación, en nuestro caso, para la serenidad estoica y el reposo de su ánimo, que nunca le descompuso ostensiblemente en las faenas ante toros difíciles, como sí lo hacían con el *Espartero* (léanse las crónicas de Pascual Millán), siempre bailando al acercarse, sin tener un mal recurso que utilizar y tirándose a lo que saliera. Es curioso cómo aquella a lo menos aparente ataraxia de Montes se quebró fatal y trágicamente ante *Matajacas*, el último toro que mató en su breve vida de predestinado, y que lo mató a él por no querer *aligerarse* en la suerte suprema, que dominaba como pocos.

Simplificando un tanto esta etapa novilleril de Montes diremos que cómo se quedaría aquel público de la Real Maestranza de 1898 cuando le viera echar a rodar a uno de sus bichos de una corta arrancando derecho y al otro irse al toro,

trastearlo sin mover los pies ni intentar cómicos desplantes y despacharlo recibiendo. Pues ni más ni menos que como se quedó el competente revistero *Selipe*, y además dando cabal idea, en *El Noticiero Sevillano*, del arte del trianero en su capotero saludo:

«Montes ha desarrollado esta tarde el toreo genuinamente clásico y rondeño, que apuntó en tardes anteriores. Ha capoteado a sus tres toros, causando la admiración de los espectadores, principalmente en los lances que propinó al tercer bicho, *con los pies fijos en el suelo como si los tuviera clavados*, esperando la acometida con tranquilidad asombrosa, cargando la suerte con desahogo e inteligencia, y despidiendo los toros con los vuelos del capote, como el proyectil que sale del cañón».

Esta manera de fijar los pies, de aguantar, ceñir y vaciar reposadamente, es el toreo de la buena escuela, es lo que hace tiempo se perdió y parece va a resucitarlo Montes.

Varias veces en la corrida de hoy ha logrado Montes entusiasmar al público con su toreo de brazos, con su toreo serio, lleno de emociones por lo *poco que el diestro se mueve y lo cerca que está del peligro...*» (las cursivas son nuestras)

Esta crónica nos exime de otras de parecido jaez, encontrables en revistas especializadas, por críticos de severo juicio del lado de acá y de allá del Pirineo. Por su parte Mariano de Cavia, en una de sus *Chácharas*, lo calificará de torero “intrépido”.

Tomó la alternativa en Sevilla, ya apoderado por Juan Manuel Rodríguez, el 2 de abril de 1899, con toros de Otaolaurruchi. Le tocó en suerte el toro *Borracho*, berrendo en negro. Acompañaron a Montes en aquel magno evento Antonio Fuentes y Emilio Torres (*Bombita*). Éste, valiente y popular espada, muy castigado por los toros, por exceso de vergüenza torera. A aquél, lo retrató entero *Guerrita* en famosa frase más o menos auténtica: «Después de mí, “naide” y después de “naide”,

Fuentes». De la confirmación de investidura en Madrid, el 11 de mayo de aquel año, alternando con Antonio Moreno (*Lagartijillo*) y el mentado Emilio Torres, y con reses de Benjumea, dijo *Sentimientos*: «Montes metió la estocada de la tarde, entrando a volapié puro de verdad, y saliendo limpio, rozando el costillar».

Empieza ahora su periplo por plazas francesas, y halla su bautismo de sangre en Burdeos, al poner un par de banderillas. Desde ahora los cosos de Francia y, más tarde, los mexicanos siempre se contarán entre los de sus más resonantes triunfos.

Diremos, a modo de digresión, que el concepto del toreo que, según el maestro Corrochano, Domingo Ortega debía a Montes, consistía en esencia en aquel aguante suyo, en aquel temple, esa suavidad con que cargaba la suerte, echando todo el cuerpo sobre la pierna de salida, con la rodilla un poco doblada... Ese balanceo del cuerpo en el toreo de capa, para acompañar al toro con todo lo que le dan de sí el cuerpo, la pierna y el brazo.

Si tan quieta elegancia de Montes no adquirió rango de revolución, como la del toreo belmontino, pudo deberse en parte a la discontinuidad con que el diestro la mostraba en las plazas y en parte también al colapso volitivo que parecía caracterizar su apática contemplación del espectáculo del mundo, en contradicción con el apego a la propaganda profusa que le achacaban sus detractores.

Sea como quiera, nuestro trianero está cada vez más cerca de Belmonte porque, como *Don Enrique* dice certeramente, «*avait, lui aussi, montré la voie au toreo quasi-statique, rythmique et languide*». Pero, insistimos, la revolución de su toreo no pudo alcanzar la profundidad del de Juan, porque éste «se la creyó» y Montes no.

Componían ya la cuadrilla de Montes Antonio Fernández (*Mazzantini*), excelente varilarguero cántabro; Felipe Salsoso, buen picador, modesto y franco; Manuel Blanco (*Blanquito*), peón

y rehiletero excepcional, cuñado de Rafael *el Gallo*; y José María Calderón, subalterno que alcanzó con Montes título de compañero, mentor y amigo fraternal. El varilarguero José Bayard (*Badila*) y el banderillero sevillano Enrique Merino (*el Sordo*) se incorporaron a la cuadrilla años después, a partir de 1904.

Como no nos ciega o quita imparcialidad de juicio nuestro biografiado, es de advertir que para nosotros está claro que los



Fig. n.º 21.- *Portada del Sol y Sombra* de 21 de febrero de 1907 con la última foto de Montes. Apud. <http://larazónincorpórea>.

públicos de aquel recién doblado siglo aún acudían a las plazas más espoleados por el toreo alegre, movido y pinturero de Fuentes, que además dominaba todos los tercios, especialmente el de banderillas; y aun el de *Machaquito*, nervioso, bullidor e inquieto, que no vacilaba en ir al toro para hacerlo él todo, que por el de Montes, cuya serena quietud, valor temerario y pundonorosa conducta iban haciendo muy lentamente raya en el planeta de los toros. Sólo el buen aficionado se apercibió de aquella

“revolución” de orden interno, viviéndola en los ocasionales ramalazos sorprendentes, cuando quería, de pureza y emoción de Antonio Montes.

Manuel Serrano García-Vao, resumiendo la campaña de Montes de 1901, vino a decir: «Antonio Montes: ha vuelto otra vez a sonar su nombre y a ser llevado y traído por paisanos, deudos y amigos... El 1902 es el decisivo para él, y veremos si consolida el ruido que hoy se trae. Vendrá a Madrid, o por lo menos es de esperar, pues hay cierta expectación». Era verdad incompleta por cuanto en aquella manifiesta admiración había que contar también con la de los propios profesionales del toreo, no siempre vertida en España entre colegas con la sincera honradez con que la dio a conocer nada menos que Rafael Gómez Ortega *el Gallo*, entrevistado para un libro ya clásico por *Don Pío*:

«Un torero clásico es el que sabe hacer y ejecuta una faena completa, conforme a las tradiciones de las buenas escuelas...El único torero a quien he visto torear clásico de capa ha sido Antonio Montes».

Sería notoriamente larga y enojosa, para contada aquí, la relación de festejos, heridas y lances por los que Montes pasó en las últimas temporadas de su vida. Diremos, sí, que ya comenzaba a pisar los umbrales de la gloria y pugnaba por colocarse en primera fila, si es que ya no lo estaba. Se había comprado una casa en la calle Zaragoza, en Sevilla, y una hacienda llamada *La Palma* en el término de Utrera y una fábrica de extracción de aceite de orujo en Villafranca de los Barros.

1903 marca el comienzo de su presencia en México, y a tierras aztecas volvió todos los años con general aplauso de aquel público que le tenía en mucha estima.

En el semanario ilustrado de toros *Respetable Público* escribió en 1911 con rigor sapiencial Samuel Tena Lacen lo siguiente:

«Tanto fue el entusiasmo de los públicos que, de no surgir su trágica muerte, puede asegurarse que aquel año [1907] habría llegado a lo que fue su sueño de siempre, su constante ideal, la primera fila, con sus sesenta o setenta corridas».

Y esto que ocurría en España fue más acentuado en México, donde era el diestro de más cartel y el que con su anuncio llenaba la plaza.

Al decir de más cartel, ni mentimos ni exageramos, porque si bien es verdad que primero Mazzantini, luego Reverte, Fuentes, ‘Bombita’, ‘Machaquito’, ‘Gallito’, ‘Conejito’ y algún otro, lograron en aquellas tierras gran renombre, no fue éste ganado tan a pulso ni más firmemente sostenido que el del infortunado trianero. Allí llegó como el primer espada de la segunda fila de toreros, y en aquel suelo su figura se destacó luchando con los grandes, y en aquellas rudas batallas Montes logró crearse en la afición un prestigio de lidiador pundonoroso y cuya herencia artística nadie, legalmente, ha podido recoger».

Volvamos ahora, quizá con claridad mayor, a aquel juicio de Corrochano que apuntábamos más atrás, cuando aludía, a propósito de Montes, a Belmonte y a Domingo Ortega:

«Primeramente diremos que si le buscan antecedentes los encontramos en Antonio Montes, el que murió en Méjico. No ha visto Ortega torear a Montes, de modo que es intuitivo, nativo en él, esta concepción del toreo. Acaso haya visto torear a Belmonte, que también tiene su antecedente en Montes. Pero tiene más de Montes que de Belmonte. Si algún parecido tiene con Belmonte es porque los dos derivan de Montes. Pero veo en Domingo Ortega una herencia más legítima de Montes».

Cita, como se ve, importantísima, aunque también habría que derivarla hacia aquel otro concepto del toreo montino que fue el de Manolo Vázquez.

Ahora bien, ¿vio Belmonte torear a Montes? Poseemos desde nuestra adolescencia un recorte de *Dígame* en que esta ardua cuestión queda definitivamente zanjada.

Enrique Fuentes, banderillero en la cuadrilla de su hermano Antonio, que toreó con Montes en la infausta tarde del 13 de enero de 1907 en México, fue entrevistado, muchos años después, por M. García Santos. La primera parte del artículo-entrevista, titulado “Yo presencié la muerte de Antonio Montes” y con subtítulo de “‘Matajacas’ era un toro agalgao, astifino y con un pescuezo muy largo. Y ni *Blanquito*, ni *el Barquero* ni yo lo queríamos en el sorteo”, comienza de esta guisa:

«En este mes de enero, el pobre Antonio Montes cobra relieve en ese relicario de la emoción que es el recuerdo. A Juan Belmonte, que con Reverte, Montes y El Espartero forma la relación cuatrefaña de los mitos toreros, le pregunté una noche en su cortijo de ‘La Capitana’:

- Oiga usted, Juan: dicen que Antonio Montes fue el precursor de su toreo de usted. ¿Qué hay de verdad en ello?

- Pues, que..., que..., yo lo creo tan... también.

¿No pre... precedió el siglo, el siglo... XIX al... al... XX?

- Pero usted, ¿no aprendió nada de Antonio?

- ¡Si no... no... lo vi torear nunca! Yo, a Montes so... sólo lo vi una... una tarde... ¡en la estación!

Y así era. La pandilla de Juan, en el Altozano, no iba nunca a los toros. Y todo lo que hacían era una pura intuición y una improvisación mas o menos afortunada. Admiraban a Montes, sin conocerlo, porque Ricardo Bomba era un señorito y ellos constituían el grupo de los iconoclastas y anarquistas del toreo. Pero ¿ver torear al monaguillo de Triana? ¿Cómo? ¿Con qué dinero?»

Hora es ya, dada la latitud de este artículo, de afrontar la muerte de Montes.

Toda la semana estuvo la corrida en los corrales de la vieja plaza *México* y la gente del toro iba por allí a cambiar impresiones. Lógicamente también las cuadrillas de los tres matadores: Fuentes, Montes y *Bombita*. Entre los bichos de Tepeyahualco que se lidiaban –se ajustaron otros tres toros del Marqués del Saltillo– había uno, cárdeno oscuro, buen mozo, con dos pitones grandísimos y exageradamente abiertos que no gustaba a nadie. *Matajacas*, que así se llamaba aquel toro, era hijo de uno de Miura y de la vaca *Capirote*, berrenda en negro, número 73, de la antecitada ganadería azteca.

En la ya referida entrevista a Enrique Fuentes precisó éste ciertos detalles de ambiente de la mañana del aquel infausto domingo:

«Montes paraba en el hotel Edison y estaba siempre rodeado de gente, porque tenía en México mucho cartel. Cuando vio la corrida y divisó al *galán* aquel, torció la cara. A mi hermano y a Ricardo Bombita tampoco les gustaba el toro...

El día de la corrida fuimos por la mañana al sorteo, *el Barquero* [Antonio Bravo, banderillero de Bombita Chico], *Blanquito* [Manuel Blanco, rehiletero en la cuadrilla de Montes] y yo. Como mi hermano [Antonio Fuentes] era el más antiguo yo metí la mano el primero; miré y... me quedé tranquilo ¡No me había tocado el toro! Sacó *Blanquito* la papeleta de Montes y por la cara que puso ya vimos que “*Matajacas*” lo llevaba él. Y *el Barquero*, sosegado ya, cogió el lote de “*Bombita*”.

- ¿Dijo algo Montes?

- Sí. El hotel Edison tenía un patio muy grande y cuando llegamos estaba Montes sentado con un grupo de señores. Le vio la cara a *Blanquito* y le dijo:

- ¿Qué te pasa, hombre?

- Que tenemos mala pata.

- ¿Nos ha *tocao* el toro?

- Sí.

- Pues no te preocupes. Que me lo echen por delante y... lo arrastrarán las mulillas como a los otros [...]

En otro lugar de la entrevista se puede leer lo que sigue:

«Y ardía yo en deseos de que alguien me dijera lo que fue Montes, cuando va Enrique Fuentes y me dice esta tarde, cuando charlábamos de cosas viejas:

- La tarde en que el toro mató a Montes, estaba yo en la plaza...

- ¿Cómo era Montes, Enrique?

- Pues mire usted: Era un torero muy desigual. A unos toros les paraba y les corría la mano como no he visto a nadie. A otros, o no podía con ellos... o no quería...

- ¿Hay algo que lo recuerde en estos toreros de ahora?

- No, señor. Quizás Manolete... en la figura y en algunos lances... Pero Montes era una cosa especial...

- Usted ¿lo vio mucho?

- Sí. Mi hermano Antonio le dio en Sevilla la alternativa y con mi hermano toreaba en Méjico cuando lo mató “Matajacas”.

- ¿Vio usted con precisión cómo fue la cornada?

- ¡Como que estaba yo acodao en la barrera en el sitio donde lo cogió...! [...]

- El toro lo había cogido ya con el capote. Llegó a la muerte con mucho sentido y se aquerenció en las tablas. Mi hermano lo sacó un par de veces y el toro se iba de nuevo a los tableros. Y ya mi hermano le dijo a Montes: “Mátalo aquí y no lo torees más”.

- ¿Obedeció Montes?

- No, señor. Él respetaba mucho a mi hermano y le pidió: “¡Déjeme usted, Antonio, déjeme ‘usté’ con él...! Entonces Montes le dio tres o cuatro muletazos y se le igualó el toro. Todos vimos que lo iba a esperar, y le dijimos: ¡Aligérale...!

- Y no hizo caso, ¿no?

- No hizo caso... o no lo oyó... o comprendió que al toro no lo podía pinchar y había que asegurarlo bien... El caso es que

Montes, con el toro ‘encerrao’ en las tablas, se recreó en la suerte y... lo mató.

- ¿Cómo lo cogió el toro?

- Ya había cruzado Antonio y ya tenía el toro toda la espada dentro. Pero ‘Matajacas’, que iba con la muleta, debió sentir que se le iba algo por el lado derecho, y alargó el pescuezo como si rebanara, y sentó a Montes en el pitón. Lo subió en alto y todos vimos cómo iba el cuerno enterrándose en la carne... Luego, lo sacudió y lo tiró al suelo.

- ¡La impresión sería horrible...!

- ¡Ya ve usted...! ¡Como que todos vimos que lo había *matao*...! Y Enrique Fuentes, como un responso al gran torero de Triana, cierra el diálogo con estas frases:

- Mi hermano Antonio, como en la tarde del Espartero, se echó a llorar en la barrera. A los pocos días era toda Sevilla la que lloraba...»

A los cuatro días, Montes murió en la habitación del hotel en que se alojaba. La noticia circuló con rapidez y produjo estupor, precisamente por lo inesperada. ¿Por qué?

Se dijo en principio que la lesión (en la región glútea) tenía tan poca importancia que casi al propio tiempo que la noticia de la cogida vino la de la mejora, que le permitiría torear seguramente al domingo siguiente. Se perdían los corresponsales en un mar de conjeturas toda vez que el sitio donde recibió la herida es de estructura anatómica tan simplificada que la que en él se recibe, si de primera intención es calificada de leve, sana siempre, si el enfermo está convenientemente asistido y si el doctor que se encarga de su curación mantiene la herida en un perfecto estado de limpieza.

Por desgracia, no era así. El parte facultativo lo había extendido el Dr. Cuesta, y decía de esta manera:

«El suscrito, médico de guardia en la enfermería de la Plaza “México”, da parte al señor regidor que preside la corrida, que

durante la lidia del segundo toro fue trasladado a esta enfermería el matador de toros Antonio Montes, el cual presentaba una herida causada por cuerno de toro en la región glútea izquierda, punzo-contundente, habiendo interesado todos los planos musculares, penetrando a la cavidad por la escotadura sciática y causando una gran hemorragia por estar interesado un vaso venoso.

Una vez curado, fue trasladado a su habitación, calle de Dolores, "Hotel Edison", haciéndose cargo de su curación el que suscribe. La lesión descrita pone en peligro la vida, por sí y por las complicaciones que pueden presentarse, tardando en su curación más de treinta días».

No podemos extendernos más al respecto. Sólo reflejaremos una triste anécdota contada para *La Libertad* a Antonio de la Villa por José María Calderón, el popularísimo Calderón de la cuadrilla de Montes.

«Er probesito duró cuatro días más, y estuvo siempre con tóo er conosimiento. Fueron otros tantos días de agonía pa los que estábamos con é. Er jueve, que era er día que murió estaba yo en la habitasión der hoté mudando los mueble con mucho cuidao, y er que se apersibió, me dijo: "¿Qué hases, Carderón?" -"Pues quitá los mueble pa que los médicos tengan meno embaraso en la cura"- "Mejó prepara un ataúd y cuatro sirios, porque me siento morí". Y es verdad que se moría. Pero se moría yeno de vida. Er mismo me pidió hasé testamento, y er lo redactó con una tranquilidad que ponía los pelos de punta y arrugaba er corasón».

Su voluntad, entre otras disposiciones, era la de ser enterrado en Sevilla. Por eso se embarcó su cadáver en el vapor "Manuel Calvo" que el destino quiso fuera el mismo que lo trajo por primera vez a México en 1903. Antes ocurrió otro infortunio, porque al pobre le perseguía la desgracia. Depositados los restos de Montes en la sala de autopsias del Panteón Español,

éstos se incendiaron durante la madrugada del 23 de enero, siendo de notar, como caso raro, el que nadie se apercibiera del suceso hasta tres o cuatro horas más tarde, a pesar de haberse quedado a la vigilancia del cadáver dos hombres expresamente pagados para ello.

Tras la arribada del “Manuel Calvo” a Cádiz, el cadáver de Antonio Montes fue reembarcado en el “Cristina”, y en el puerto de San Telmo se le desembarcó en un día lluvioso y triste, delante de más de cincuenta mil almas, toda Triana, que venía a decir por última vez adiós a su ídolo.

Condujeron amigos íntimos, relevándose, el ataúd hasta la puerta de la Macarena. Siguió el cortejo fúnebre por las calles de los Reyes y San Pablo al puente de Triana, y luego por las de Murillo, O’Donnell, Santa María, Plaza del Duque, Alameda de Hércules y otras adyacentes hasta el Cementerio de San Fernando.

Según un suelto de *El Imparcial*, los guardias civiles de servicio en el camposanto se vieron obligados a dar algunas cargas, tal la dificultad suma para contener el río humano indetenible que allí pretendió instalarse.

Quedó inhumado el cadáver en una sepultura de primera clase de la calle de San Laureano, señalada con el número 2.

Si para evaluar a Montes se da en la flor de *pensar* en Belmonte (Néstor Luján llegó a decir que aquél iba «tanteando la solución belmontina») estamos utilizando el catalejo del revés y obremos no sólo con notoria injusticia y simpleza sino, lo que es más grave, con ingenuo artificio. Si decimos de un hombre que lo es por haberse arrimado a la sombra de otro, no discerniremos nunca dónde acaba el hombre y dónde empieza la sombra. Un torero se sostiene por sí mismo, por sus propios valores, o no. Toda interpretación limitativa, restrictiva, abstemia de la calidad virtuosa, siempre nos ha parecido precaución de pensamiento de nuevo rico que no se atreve a picar más alto.

Basta ya de hipocresías. Recordemos cómo algunos viejos reporteros, allá en México, escucharon, casi empujados por la masa anónima popular que acompañaba a su ídolo caído, comentarios espontáneos de proezas de Montes. Y esto es lo que cuenta, sin que hablando de los unos, sirva nuestra glosa únicamente de pretexto para ponderar las virtudes de otros en quienes esté mejor visto reciban la ponderación. Belmonte, verbigracia, pudo parar a los toros y mover los brazos inusitadamente. Pero a Montes corresponde cronológicamente antes aquella virtud y capacidad. Ni Montes vio torear a Belmonte ni éste a aquél. Demos, amigos, a cada uno lo suyo: *Suum cuique*.

Casi ochocientos toros muertos por Montes desde que tomó la alternativa hasta su temprano fallecimiento avalan a un torero forjado a pulso y siempre inencasillable. La crítica, en general, le ha juzgado desde la óptica inexacta de un lugar oficial en los escalafones. Si Madrid siempre lo esperaba, por algo sería. Otras plazas difíciles como Pamplona, Salamanca y Bilbao se rindieron a su toreo. ¿Cómo era el toreo de Montes?

En él brillaron el reposo, el temple y el mando. Reposo que era manifestación de valor y tenía la enjundia y la verdad de lo serio. El valor auténtico –lo ha dicho José Alameda en *Crónica de sangre...*– no es un manantial, es una corriente: no una causa, sino un resultado. La fuente originaria es el carácter, virtud primera del torero. Antonio Montes, siendo un muchacho todavía, no le tenía miedo a la vaca resabiada y vieja de las capeas. En su última pelea con un toro asesino, se tiró a ley en volapié perfecto para que no se le escapara el triunfo y dejó su vida al no querer ya *aligerarse*.

Era él serio en sí, y serio era su toreo. Introdujo cierta armonía y disciplina en la turbulencia, fina abstracción en la dispersión embriagada, ritmo en la pasión casi brutal de antes. Por eso fue un incomprendido para un sector de público y de crítica,

y no un torero sistemático y regular que, lo diremos machadianamente, *supiera su doctrina* y al que le sirvieran todos los toros y cuya formulación estética repitiese sin incomodo.

Por eso es símbolo también su toreo de soledad suprema, no de voluntad de congraciarse con los públicos –aunque sí lo lograra con muchos– a través de gestos, sonrisas (pienso en la un tanto estereotipada, quizá, de Ricardo Torres Reina *Bombita*) y otras mixtificaciones. No *vendía* su triunfo al respetable, no reclamaba de él el aplauso o el trofeo, como hacen hoy feamente tantos diestros acabadas sus faenas. Era un ideal el suyo sin abaratamientos, dominante, difícil, cual paradójicamente la inerte y sosegada obediencia a un fatalismo.

Poco a poco trajo al capote variedad y soltura, caracteres que lo apartaron de los moldes imperantes a la sazón. A la muleta, más lenta configuración y más ajuste y tensión emocional. A la hora de matar era Montes cumbre que enardecía al público de aqueude y allende los mares.

Si de algo nos preocupamos también es de inculcar al que leyere las virtudes firmísimas de Montes como estoqueador. No he sacado la cuenta. Pero la mitad o más de aquellos ochocientos toros que pudo tumbar debió hacerlo en la suerte de recibir. Sabía que al respetable le gustaba, y él lo hacía o lo intentaba así y no de otra manera. Porque podía y porque sus compañeros no se empeñaban precisamente en ello. Sí. La Tauromaquia es tradición y es tránsito, o sea, lo clásico susceptible de renovación o restauración en el transcurso de las centurias y singularidad para abrir aquellos viejos tarros de esencia sin menoscabo en la dificultad de la prueba ni en la valentía elevada de la intención, por mor de la vocación latente en la raza.

Si en tiempos de *Frascuelo* y el *Tato* era el modo supremo de acabar –por virilidad y un tanto acaso aun por estética– con el toro bravo en una plaza, la de recibir fue suerte que se había ido aletargando ya. Hay una página, muy olvidada, en el *Gran*

Diccionario Taurómico de Sánchez de Neira en que se dice esto, nada menos que a propósito del gran estoqueador Luis Mazzantini:

«No hay que pedirle que “reciba toros”, que esa admirable suerte la han olvidado todos los modernos toreros. [...] No tenemos a él ni a nadie como toreros completos si no reciben toros».

Ni las condiciones de los toros en general, ni la fusión aquella de jurisdicciones en los terrenos de picar y sin hartazgo hasta los caballos, favorecían el matar a los toros recibiendo en la época, dicen que menos brillante y gloriosa, que comienza con la retirada de *Guerrita*. Es justamente Antonio Montes quien la rescata y eleva hasta la mayor y más peligrosa extremosidad. No olvidemos que el toro que se recibe es una *diana* móvil y, por tanto, no tiene el torero sino desventajas y renunciadas. Queremos decir que no puede perfilarse a su sabor y en su beneficio de distancias, porque él espera que el toro despliegue también hacia él la gran fuerza que tiene. Por eso esta suerte es tan emocionante, tan de verdad y tan única. Al mismo “Matajacas” le fue imposible entrar así, y todo lo que se permitió a su favor fue matarlo a volapié, pero sin trampa.

Quisiéramos obtener del lector, en este prurito de ascensión hacia la dignidad y arte de Antonio Montes, no su beneplácito a ultranza sino su criterio para que nuestro –vuestro– torero represente al cabo esa especie de distinción que tantas veces se le ha negado.

Con él se dignifica también la Fiesta, en muchas ocasiones falta de valores auténticos o acreedora a dimensiones ideales cuando no se mira en ella sino formulismos de oscilación. Montes es un valor auténtico, puro, consecuente, de esa Fiesta brava bien llamada aún Nacional. Su vida noble y su muerte en sacrificio por enaltecerla cobran hoy toda su claridad.